De “La Semana Alegre”[1]

Tick - Tack

Una escena de *Tío Canillitas*, zarzuela de M. Soriano Fuentes. Grabado de Gustave Doré para el libro *L'Espagne* de Le Baron CH. Davillier, París, Librairie Hachette, 1874

Los reventadores. Teatro antiguo y moderno. Las funciones a mitad de precio.

El gobierno del Distrito ha recordado a los concurrentes de los teatros que serán penados con multa o prisión quienes armen escándalo en aquellos centros de propaganda. Últimamente se habían hecho número de programa los “meneos” provocados por los “reventadores”, y —decía el viernes un editorialista de la casa— quienes costean los vidrios rotos en tales broncas son los espectadores pacíficos que acuden al templo de las musas con mallas, con el honesto fin de distraerse.

[1] Publicada en *El Imparcial*, 19 de junio de 1904.

No todo el mundo —aseveraba el mismo sociólogo— guarda la debida compostura. Personas hay que por el hecho de pagar su entrada se creen con derecho a platicar en voz alta, comentar a voces, aplaudir intempestivamente, sisear de vicio, bastonear a la jineta e impedir a un vecino de localidad el goce quieto y reconcentrado de un monólogo muy movido o de un coro muy asentado. Fila su nota voluptuosa la tiple, y antes de que el mordente, o la fermata, o el do de pecho, hayan sido emitidos hasta las heces, retumba una tempestad de aplausos, siseos, oles y exclamaciones, como "¡diana!", "¡que le den la oreja!", "¡viva tu madre!" Naufraga, pues, en ese cordonazo de San Francisco, lo mejor de la obra.

La verdad es que el público moderno está mucho mejor educado que en los tiempos de los Polvos de la Madre Celestina, la Pata de Cabra y el Reloj de Lucerna.

Suprimidas las ventilas y el mosquete, siquiera puede uno oír la representación sin abrir el paraguas o cobijarse con un petate para no recibir a cuerpo limpio los bagazos, espumas de cerveza, caramelos chupados y otras atrocidades que proyectaban los de arriba sobre los de abajo.

Allá en mi remota infancia, por quince centavos tenía uno derecho a toda clase de abusos. Entraba a la cazuela a punta de coces, empellones, trancazos y demás violencias; cuerpo a cuerpo disputaba la posesión de las barreras de primera fila a cualquier ocupante, se sentaba en los muslos del primer dejado, llevaba su merienda y su faldero; si hacía calor, se quitaba el saco y fumaba hasta pipa turca si le venía la gana.

Nada más común que interrumpir al actor cuando alardeaba de ser gentilhombre en las tablas, para decirle que era un mamarracho sinvergüenza que estaba debiendo la hechura de un justillo acuchillado para "Venganza o el Anciano de Filipinas". Sucedía que Azucena, Eleonora, Fidelisa u otra heroína enfermas de anemia reumática, eran papeles a cargo de Luciana Montenegro, la güera interesante y esbelta; pues bien, si aparecía para sustituirla Agustina Olmos, rosilla, abocinada, de muchos kilos, se armaba zamba tal, marimorena tan espantosa, que el juez ordenaba el toque de lazo y salían en calidad de mansos un par de lacayos vestidos de colorado, media blanca, peluca empolvada y pescuezo percudido, para llevarse a la contralto.

No existía la luz eléctrica, tampoco se gastaba en salvas de gas hidrógeno, por manera que en el último piso de los coliseos, sumido en las sombras, esas cobijadoras de los abusos, solían escucharse invisibles bofetones, agudos gritos de damas picadas con un alfiler; y si la pieza era de amorosas desventuras, verdadera retreta de ósculos en el momento álgido del dúo pasional. Claro que sí, había gendarmes, pero los pobres gendarmes de muchachos llevaron una vida tan sedentaria y monótona, que para ellos cuidar del orden de un teatro era sacarse la lotería. Yo he visto a uno de bigotes colorados quitarle el paño al kepí para enjugarse las lágrimas, en "La huérfana de Bruselas"; a otro abrirse paso a trancazos para no perder lo más acrobático de "La carcajada", y a todos los de mi tiempo, perder la conciencia de dónde estaban, perder la rigidez y seriedad oficiales para arrojar los hábitos a la cancha, aplaudiendo, frenéticos, en el colmo del entusiasmo artístico.

Todavía pocos años ha, escuchado al célebre tenor que hacía de Otelo, en la escena siguiente a la estrangulación de Desdémona, cuando ya suicidado sigue contando el celoso moreno, decíame un charrito de bigotes atusados:

—La verdad es que canta bonito y muy golpeado para estar tan mal herido.

Lo gendarme no quitaba lo sensible, y el arte ha sido capaz de transportar al éxtasis no digo a un policía, a toda una fagina.

Únicamente no ha cambiado ni cambiará el aspecto de los odeones y teatros en esas fiestas a precio módico, llamadas familiares.

Una función familiar si es vespertina, si es de las que se llaman moralizadoras, edificantes, propias para

las jovencitas, tías ancianas y niños, si es de las que se buscan con el objeto de distraer las penas, olvidar la realidad con fiador del comercio, dar sano alimento al sentimiento estético y emplear los ahorros en algo que no sea el pan de cada día; si es de ésas, puede clasificarse entre los azotes de la humanidad para no pocos jefes de tribu, patriarcas y coroneles de una prole.

Quiere la civilización que hasta las parentelas más humildes vayan cuando menos una vez cada cinco decenas a las tandas. Eso es tan necesario como saber bailar al *two step* y ponerse en buen sitio de la cabeza los abultadores.

En la tanda se cosechan asuntos para la conversación y frases bonitas. La gramática enseña, es cierto, a hablar y escribir correctamente las cartas de pésame y correspondencia mercantil, pero no ciertos giros obligatorios en el trato social. Puede conceptuarse de retrógrada a una persona que no sepa meter la pata, dar una lata, tirarse una plancha, dar el opio, despertar al sursum corda, hacer temblar al ministerio, tener todo lo que hay que tener, irse de verano, arrancarse la jota, jalear por todo lo alto, clavarse de agujas, y conocer el canto jondo, y todo ello no se aprende sino en el tinglado.

De modo que un miércoles en la noche, la señora está de pelo suelto y vistiendo la túnica pretexta, como dice el Quo Vadis; el padre llega en coche portando dos abanicos de papel, polvos para la cara, tres pañuelos, juegos de peinetas, choclos para niños, listones surtidos, un frasco de lilas blancas, dos pares de guantes, gemelos prestados y seis boletos de empeño. Ya el jueves en la mañana ni las camas se tienden. Se charla en el corredor, mirando si hay aparatos de agua por el Peñón, se da licencia ilimitada a la camarera, se come en pie, mientras el pagano del palco impar frota con gasolina levita dramática, porque fue la del himeneo, la señora se suelta los chinos y patea las soleras para que den de sí los choclos.

Calandria amarilla, gemelos, paraguas, abrigos, cesta con pañales, biberón, leche hervida, galletas, purgantes, vino de hierro, zapatos de hule, sonajera, trompetita, mascada por si hay que darle al niño, y a tomar lugar.

Aún no meten el contrabajo, cuando ya el sainete comenzó entre las gentes que dizque van a divertirse.

—De veras que no se puede salir contigo; le amargas a uno todas sus diversiones; más valía quedarse soterrado en la casa. ¿Qué mal te hace Garduño con quedarse en el palco parado?, ¿qué tiene de particular que los niños jueguen al toro en los pasillos?, ¿y que la criada por curiosidad haya roto la bombilla eléctrica? Parece que está uno en iglesia y no en zarzuela.

—No hables tan recio; veinte gemelos están sobre nosotros; apéate el sombrero, porque ya se está desbaratando el pajarraco ese que le pusieron. Despierta a tu madre, que tiene una manera más ordinaria de roncar. Dile a Juanito que no escupa a ese señor calvo que está en el patio. ¡Me queman la sangre! ¡En mala hora cargué con toda la peregrinación de naturales! Dile a la criada que aquí no se canta ni chifla como en su rancho para dormir al niño. No le des su leche aquí sino allá afuera. ¿Ya lo oyes? Nos están siseando; no golpeen las sillas, saca al muchacho que llora, precisamente para ponerme en la picota del ridículo. Sí, hace bien el público en tirarnos con bastones y sillas, hace bien en mugir que nos echen, hace bien en pedir que ahoguemos al chamaco.

Vámonos ahí viene la policía por nosotros por escandalosos… está en su derecho… ¡Vaya modo de proporcionarle solaz a la infancia! ¡O dejas de sonar trompeta, o te mato!

El mártir no opone resistencia a los gendarmes, está conforme en que lo consignen, y solamente lo hiere que un señor sin contrata diga al pasar:

—Duro con ellos, ¡a la cárcel por reventadores!

—Diga usted, ¡por reventado!